

Reminiscencias

Por OVER

Decididamente Don Telesforo no tenía condiciones para Jefe de Oficina.

Su padre procedía de los tiempos de Cánovas y Sagasta, en que, al caer un Ministerio, quedaban en la calle la mayoría de individuos que habían obtenido su empleo gracias al favor político, y tenían que esperar la vuelta de su partido al poder, para conseguir cobrar una exigua remuneración a fin de mes, creándose entonces el pintoresco tipo del cesante.

Con la suerte de estar en activo al decretarse la inamovilidad de los oficinistas, había ido progresando por la antigüedad, y podido incrustar en una mesa del despacho, al actual Don Telesforo, quien con el tiempo y aprovechando resquicios favorables, había llegado a aquella Jefatura.

Y a éste, desde que obtuvo su primer sueldo fijo, el Supremo Hacedor había bendecido su matrimonio con el advenimiento de cinco hijas hembras, la menor de las cuales pasaba a la sazón, de los 25 octubres.

Pero, ni las preocupaciones familiares ni el desconocimiento de los asuntos que debía resolver, habían menguado sus aficiones literarias ni su obsesión para la depuración del idioma, en su querencia de limpiarle de barbarismos y propugnando por la extirpación de los verbos irregulares que, a su modo de ver, entorpecían la concatenación lógica del discurso.

—A ver, Regúlez, —decía a su oficial de confianza— En este expediente me ha puesto V. «hacíramos», y me parece que no es la acepción más apropiada.

—¡Pero si es del verbo hacer!, y V. nos dijo que procuraríamos evitar los irregulares.

—Bien. Estudiaré el asunto y veremos lo que dice la Academia.

Y con tal motivo quedaba en suspenso y hasta nueva orden, el trámite de aquel expediente.

En el Ministerio andaban escamados con las demoras en los informes de aquella Sección.

Ya dos años antes, y debido al abuso, y para ver de lograr un trabajo más activo, se había dado orden de colocar en cada despacho el consiguiente cartelito indicando la prohibición de que se fumase.

Don Telesforo diseñó un borrador, que resolvió con un flamante «SE PROHIBE AHUMAR».

Argumentaba tal decisión por el hecho de que la palabra «fumar» constituía un barbarismo del «fumer» francés, o del «fum» o «fumar» catalán, cuando, en cambio, del vocablo «humo», netamente castellano, el derivado de su acción activa, y por lógica, debía ser «ahumar».

No consiguió prosélitos. La Superioridad le obligó a colocar los cartelitos con aquello que conceptuaba un barbarismo, y esto le atenuó algo sus ínfulas literarias.

Aquella mañana Don Telesforo llegó a la oficina notablemente más tarde que de costumbre. Tanto, que sus cinco subalternos, con Regúlez a la cabeza, ya se habían puesto de acuerdo respecto a las posibilidades de que el campeonato de fútbol quedara en Madrid; se habían discutido todos los pases de pecho del «Litri»; quedaban vacíos sobre las mesas los vasos de café con leche, sustitutivo del desayuno, y habían pasado de mano en mano los números de «La Correspondencia» y del «Madrid Cómic», de la oficina de al lado.

Y precisamente aquel día, le entregaba Regúlez, un oficio en que, desde arriba, se le requería para más puntualidad en las horas reglamentarias de oficina.

Don Telesforo quedó preocupado. No había para menos. Durante años había consentido un gran margen de libertad, con una lejana esperanza. Cinco jovencitas hacendosas en

casa, y cinco muchachos de diversas edades en la oficina, cobrando ya en nómina y con el tiempo trabajando a su favor, constituían para él, un ideal cuidadosamente acariciado.

Incluso antes de salir y en el momento de dejar los legajos, Don Telesforo les entretenía durante cinco minutos, interesándose por sus problemas particulares y ensalzando discretamente las cualidades de ama de casa de sus cinco hijas.

Pero pasaba el tiempo, y aquella disposición respecto a puntualidad le iba a dar fama de adusto, cuando su natural era ser complaciente con sus empleados.

Consultó el caso con Regúlez, y para mayor magnanimidad, dejó en manos de sus mismos subordinados, la forma de cumplimentar en lo posible, lo ordenado.

Regúlez tuvo reunión con los demás. En realidad y aún considerado que llegaban tarde, cada día perdían aquellos cinco minutos por la atención de escuchar los dítirambos del Jefe y las excelencias de la familia.

Y por acuerdo unánime, apareció al día siguiente, en la puerta de la oficina, una orden de «Régimen Interior» que terminaba así:

...y ya que no somos puntuales a la entrada lo seremos a la salida.

CARTAS AL DIRECTOR

El Cine y la Gramática

Sr. Director de ANCORA:

Le quedaría sumamente agradecido si tuviera la amabilidad de publicar en nuestro querido semanario las líneas siguientes:

Para el GATO MELITÓN

(Carta abierta)

Admirado Felino:

Usted que es tan metódico, perdón, minucioso, y que por único atuendo, digo, atavío, ¡esos galicismos!, lleva esas enormes «antiparras» con las que figonea en todos los periódicos y revistas españolas con el fin de enseñar a escribir correctamente el idioma castellano, incluso a los mismos académicos, con toda seguridad no ha leído nunca los programas que las empresas cinematográficas de nuestra ciudad tienen la amabilidad de ofrecernos todas las semanas con el fin de estimular, los ya de por sí estimulados deseos, de acudir todos los domingos a sus respectivas salas de espectáculos. Digo que no los ha leído, porque con su erudición de gran gramático se hubiera dado cuenta que no siempre, dichos

programas, están redactados con la debida corrección gramatical y mucho menos con el buen gusto y depurado estilo tan requeridos por usted.

Como ya comprenderá, nadie está exceptuado al redactar un escrito, de sufrir algún error, pues el equivocarse es un atributo muy humano, pero lo que no puede tolerarse es que alguien con machacona reiteración use y abuse de una palabra por encontrarla de mucho efecto o muy técnica y acabe escribiéndola con una evidente falta ortográfica.

Existen infinidad de adjetivos muy apropiados para calificar un éxito. Este puede ser: grande, magnífico, ruidoso, insuperable, etc. etc. como podría calificarse también de in calificable.

Pues bien, todos estos adjetivos deben parecerles a nuestros empresarios faltos de fuerza persuasiva, ya que para anunciar sus películas, han echado mano a uno extremadamente sugestivo y lo reiteran con tal profusión que todos los coleccionistas de programas no pueden ignorar se trata del siguiente: APOTEÓSI-CO. Así como suena, aunque no suena bien, ya que lo correcto es escribir: APOTEÓTI-CO, pues por algo lo ha dispuesto así La Real Academia de la Lengua.

¿No cree usted, admirado y simpático «Gato Melitón», que si bien nos cabe el derecho de dudar que todas las películas exhibidas en nuestros cinematógrafos tienen un «Éxito Apoteósico» no existe ninguna duda de que este adjetivo está escrito incorrectamente?

Siempre suyo:

MIXITO

Por el humo... se saca el ovillo

Sr. Director de ANCORA.

Si bien soy guixolense de nacimiento, he vivido muchos años fuera de nuestra ciudad, y durante los últimos tiempos habían llegado a mis oídos diferentes rumores que indicaban que el carácter alegre de San Feliu, «taper» como antes se llamaba, había ido desapareciendo.

Afortunadamente, y durante los días de mi visita con motivo de las Navidades, he tenido una prueba de que San Feliu continúa siendo tan divertido como antes.

El día de Navidad estuve en uno de los locales de cine, y durante la sesión, la gran mayoría de los espectadores del sexo masculino fumaban a todo placer sus puros y no puros.

De ello no hice mucho caso, creyendo que en San Feliu todavía no se aplicaban las disposiciones naturales de higiene, pero mi sorpresa fué mayúscula cuando, durante el descanso, se proyectó un clisé en el que se leía:

PROHIBIDO FUMAR

¿Quiere V. una prueba más clara de humorismo...?

Realmente suficiente buena para «La Codorniz».

Suyo atentamente.

OBSERVADOR

CARNET DE ARTÉ

¡LO QUE VA DE AYER A HOY!

El San Feliu de otros tiempos, muy distinto fué del de hoy. En la «Exposición histórica» bien claramente se vió.

El «Instituto de Estudios Guixolenses», presentó muy valiosos documentos, muy curiosa información.

¡Cuántas cosas que hoy no vemos! ¡Cuántas fueron que hoy no son! ¡Cuántas que ni se recuerdan! ¡Cuántas que hoy están mejor!

Recordemos las murallas, que cual petreo cinturón, según las viejas estampas, rodearon la población. Población muy chiquitita. Su Cenobio al exterior. Fuerte castillo en San Elmo, vigilante y protector.

¿Qué dirán los pergaminos de esa rara colección que el Municipal Archivo como oro en paño guardó? Como en latín se escribieron, quien lo sabe los leyó y nos dió breve resumen. Con ello baste por hoy.

Encerrada entre paredes, esta joya de valor que es nuestra «Porta Ferrada», su libertad aguardó. Y hoy quien la mira la admira, por su elegancia y primor, pues aunque toscas sus piedras, nobleza el arte les dió.

La montaña de San Elmo, aún sin urbanización. No hay chalets en sus laderas de escasa vegetación. Camino que serpentea nos conduce hasta el peñón: «Punta de Garbi» se llama; también de Tetuán se llamó, recordando las hazañas de Prim y su batallón. Hoy magnífico Paseo que Pedro Rius costeó: Chalets, Baños y Terrazas. ¿Quién pedirá ya mejor?

Cuando el Puerto aun no existía, Pons Martí cuadros pintó con muy bellos horizontes, que luego el muro cerró. Y aunque a las frágiles naves no guardará el malecón, por si las moscas había un lindísimo cañon lanza-cabos siempre a punto, por si un día bravucón rugía el mar y se agitaba con afán devorador. Y unas banderas que el viento impetuoso maltrató, en mucha ocasión sirvieron de radio y televisión.

Dos playas había entonces. Una el Puerto nos quitó: Calazans, playa discreta que no vió el descaro de hoy, porque los trajes de baño exigían «confección» y no imponía la moda, recorte ni restricción.

Había en la playa grande, un molino elevador de agua para el arbolado, y era gran satisfacción para la chiquillería, su rápida rotación. Y hay quien muy serio asegura que el molino se quitó, cuando Viader su famoso «Quijote» en corcho imprimió, pues el hidalgo manchego, siempre que un molino vió, se le imaginó gigante y contra él arremetió.

Con divertidas *cucañas* pasaba la población risueñas tardes de Agosto —quizás de «Fiesta Mayor»— La muchedumbre acudía, y aunque arreciaba el calor, hay que ver al mujeriego con tanta ropa ¡Señor! que ni brisas ni abanicos les quitaban el sofocón. Y por si esto fuera poco ¡lo que la moda inventó! ¡Hay que ver esas siluetas que les daba el «polissón»! Caballeros con levita, sombrero hongo y bastón guantes, chaleco, corbata y camisa de almidón, salían a tomar el fresco cuando declinaba el Sol.

Del carnaval «la passada» Berga y Boada dibujó. Detrás de militar banda sigue el bullicio y rumor. Viejos, jóvenes y niños, saltan a más y mejor. Con antorchas y faroles se alumbraba tal «procesión». A la Sala Vidal marchan, desde el «Casino dels Nois». Por mucho que se fatiguen, luego aún bailarán mejor! La Riera del Monasterio, causaba mala impresión, aunque sus diversos puentes, nos daban la sensación, de encontrarnos en Venecia, y esto tuvo su valor. De madera eran algunos, y de mejor construcción los demás, porque la piedra o el ladrillo se empleó. Implacable la piqueta a unos y otros derribó. Gran bóveda cubrió el cauce, de resistente hormigón, y ancha Avenida ha quedado, que a las gentes sorprendió.

Si Orfeones hubo entonces, todavía existen hoy, que sus antiguas «senyeres» guardan con veneración.

Muestra el Teatro sus recuerdos. Sus Trofeos el fútbol. Y también del Periodismo consta variada labor, porque la gente de pluma, en la ciudad abundó, y a la lectura este pueblo mostró siempre su afición.

¡Cuan rápido pasa el tiempo! Cinco lustros que murió Julio Garreta, ensalzado también en la «Exposición» ¿Para que hablar de su arte, si otros han de hablar mejor? ¿Para que hablar de su genio? ¡La Fama lo proclamó! También allí el busto había, del joven compositor Vilá, artista malogrado, que de su Maestro siguió las huellas, dándonos pruebas de su gran inspiración.

La Ciudad de ayer contemplan todos, con gran emoción. Para muchos, hay recuerdos... Y aun quien no la conoció, y no supo de sus cosas por nuevo en la población, con nostalgia o alegría —«todo es según el color»— juntos al salir exclaman: ¡Lo que va de ayer a hoy!

ARTEMIO